

Historia Augusta. Edición y traducción de Javier Velaza, Madrid, Cátedra, Colección Letras Universales, 2022, 568 pp. ISBN: 978-84-376-4447-9.

Han transcurrido casi treinta y tres años desde que Vicente Picón y yo publicamos nuestra edición de la *Historia Augusta* (Akal, 1989). Me sorprende que, a pesar del interés que esta obra ha despertado, no se haya publicado desde entonces hasta ahora ninguna otra traducción al castellano y me alegra que el autor de la que acaba de publicarse sea Javier Velaza, sin duda uno de los mejores conocedores de la obra y un latinista del máximo prestigio. Intuyo que ha sido un trabajo largo y difícil, pero debo decir que, a mi juicio, el resultado es sobresaliente y que editorial y editor deben sentirse muy satisfechos con la publicación de este interesante libro.

Más adelante dedicaré algunas líneas a la traducción, pero antes quiero comentar, como se merece, la *Introducción* -modélica, a mi juicio-, en la que en apenas treinta páginas se abordan las diferentes cuestiones que la obra suscita en un estilo tan riguroso como divulgativo, difícil de encontrar en otros filólogos. Es evidente el propósito del profesor Velaza, expresado a propósito del debatido problema de las fuentes de la obra: «refrescar la memoria del lector ya iniciado y no desanimar definitivamente al novicio». Hasta donde puedo decir, su objetivo se cumple plenamente en lo que se refiere al primer grupo, al que creo pertenecer, y en cuanto a los novicios, solo diré que para quienes hemos explicado alguna vez en el aula la *HA* será un agradable relajo remitir a esta *Introducción*. Creo, además, que con su lectura algunos de esos «novicios» pueden sentirse estimulados a la investigación sobre la obra.

Al inicio de la *Introducción* subraya Velaza el carácter enigmático y contradictorio de la *Historia Augusta*, una obra que ha merecido la atención de los más insignes historiadores y filólogos, pero discutible como fuente histórica y con una calidad literaria más que dudosa. Sorprende que la investigación le haya dedicado tantos ríos de tinta y, sin embargo, sea hoy tan poco conocida, sobre todo porque, a pesar de las dudas que pueda ofrecer, es fuente primordial para el conocimiento de los siglos II y III de nuestra era y es evidente su influencia en la cultura occidental (literatura, música, pintura, etc.).

El profesor Velaza nos cuenta con claridad y envidiable capacidad de síntesis los debates sobre cada tema, haciendo, además, un recorrido diacrónico de las soluciones propuestas que ayuda a comprender mejor el momento en que nos encontramos. Se ha avanzado mucho en las últimas décadas, pero todavía hay cuestiones abiertas. De manera implícita -a veces expresa- nuestro editor va conduciendo al lector hacia la que él considera en cada caso la mejor hipótesis o la que cuenta con mayor aceptación. Se menciona, en primer lugar, el gran hallazgo de Dessau, quien a finales del siglo XIX expresó dos opiniones fundamentales, que en su tiempo provocaron gran polémica: 1) la obra no fue escrita por los autores que aparecen en los manuscritos (Elio Esparciano, Julio Capitolino, Vulcacio Galicano, Elio Lampridio, Trebelio Polión y Flavio

Vopisco) sino por un único autor, que se ocultaría detrás de tales heterónimos; 2) la obra no fue escrita en tiempos de Diocleciano y Constantino, como el autor quiere hacernos creer con sus dedicatorias a tales emperadores, sino a finales del siglo IV o inicios del siglo V.

Las entonces revolucionarias propuestas de Dessau tienen hoy una evidente aceptación. En cuanto a la datación se refiere, Velaza comparte la opinión mayoritaria: fue redactada entre el año 395 y el año 404; así parecen demostrarlo, junto a otros datos, la perceptible influencia en la obra de autores del siglo IV, como Aurelio Víctor, Amiano Marcelino, Claudiano, quizá San Jerónimo, etc.¹. Por lo que respecta a la autoría, hoy es muy mayoritaria la opinión de quienes defienden el autor único; se han propuesto incluso nombres de algunos escritores: Naucelio, Nicómaco Flaviano Senior, Q. Aurelio Simmaco... Me resulta particularmente atractiva la posibilidad de Nicómaco Senior, aunque solo sea porque la *damnatio memoriae* que padeció por su oposición al emperador Teodosio justificaría los intentos de ocultar el nombre del autor. Desde luego, Nicómaco era defensor de las ideas que subyacen en la obra: paganismo y defensa a ultranza del senado.

Esta cuestión, la tendencia ideológica de la obra conduce inevitablemente a abordar el peliagudo tema de su finalidad. Algunos estudiosos ven en la *HA* una obra decididamente anticristiana; otros autores, sin embargo, no admiten que la obra sea particularmente subversiva desde el punto de vista religioso ni político. Velaza parece próximo a estos últimos y a aquellos que defienden que los propósitos fundamentales de su autor serían de orden literario; se trataría un mero divertimento para un grupo selecto de intelectuales.

En el siguiente apartado se abordan los problemas de composición, tan interesantes como difíciles de resolver: 1) si la composición fue lineal o, como parece más probable, en distintos estratos cronológicos; 2) si la atribución de las vidas a cada uno de los heterónimos es arbitraria o tiene alguna motivación; 3) si las diferencias sustanciales entre las vidas principales, secundarias, intermedias y menores está motivada por la presencia o ausencia de fuentes o hay alguna otra razón; 4) si el inicio de la obra es tal como nos ha llegado, directamente con la *Vita de Adriano*, sin prefacio alguno, o si las vidas de Nerva y Trabajo se perdieron en el trajín habitual de la tradición manuscrita junto el prefacio general y el de la *Vita Adriani*; 6) si la ausencia de algunas vidas de emperadores (los dos Filipo y Decio entre otros) es producto también de los azares de la transmisión manuscrita o bien una omisión deliberada del autor; 7) cuáles son las fuentes de la obra, además de las más evidentes (*Enmannsche Kaisergeschichte*, Mario Máximo, Aurelio Víctor, Herodiano...); 8) si la cultura literaria del autor es, como parece, más aparente que real; 9)

¹ Creo que hay un error cuando se exponen las posibles influencias de Jerónimo en la *HA* y viceversa. Leemos: «para Cameron es la *HA* quien imita a Jerónimo», pero, por lo que se dice después, parece que Cameron sostiene que es Jerónimo quien imita a la *HA*.

si la prolífica invención de personajes, discursos, cartas, etc. se debe solo a la carencia de fuentes y desconocimiento de sus biografiados o quizá haya otras causas; 10) si la inclusión de las dedicatorias a Diocleciano y Constantino tiene como finalidad el enmascaramiento de la fecha de composición o puede haber otros motivos; 11) por qué a medida que avanza el relato aumenta la tendencia a la ficción.

Sobre la lengua de la *HA*, lamenta Velaza la falta de estudios precisos y distintos de los enfocados únicamente a resolver el problema de la autoría. En cuanto al estilo, no puedo más que compartir los durísimos juicios de nuestro editor sobre la obra: una narración atropellada y a veces casi absurda. En algunas vidas la falta de datos se suple con invenciones casi infantiles y en otras, la sobreabundancia de datos provoca el hastío del lector por las aburridas enumeraciones. Cuesta encontrar pasajes con cierta elocuencia y, en general, se mantiene el estilo pedestre que el autor reivindica incluso en distintos lugares. Pienso, ahora, que quizá esta pueda ser una de las razones por las que tenemos tan pocas traducciones al castellano y por eso mismo hemos de felicitar a Javier Velaza y, si se me permite, también a mi querido Vicente Picón, que ahora y entonces se entregaron con valentía a una tarea tan ingrata.

Hace aproximadamente treinta años escribí un artículo sobre el humor en la *HA*, recogido en la bibliografía por nuestro editor, en el que, entre otras cosas, intentaba demostrar que su presencia era claramente superior a la que se puede encontrar en otros biógrafos o historiadores. Hoy, el artículo me resulta fallido en varios aspectos, pero sigo pensando que el humor es un elemento sustancial para entender la intención de la obra. Me pregunto qué razones puede haber para que el autor ocultara su nombre detrás de los seis heterónimos y por qué intenta hacernos creer que la obra se escribió en tiempos de Diocleciano y Constantino. ¿Lo hizo solo por mera diversión literaria, como parece defenderse últimamente? Me parece más lógico pensar que la razón fue salvar la censura. Creo, además, que el estilo pedestre, las invenciones y el tono jocosos tenían probablemente la misma finalidad. Si más que una obra histórica el texto parecía un fárrago, podría ser más fácil hacerlo circular. Eran tiempos difíciles para el paganismo: Teodosio promulgó en el año 392 el Edicto de Constantinopla y la *HA* es una obra eminentemente pagana. Ciertamente, como se ha dicho y Velaza parece compartir, no es especialmente beligerante con el cristianismo, pero no es menos cierto que proporciona todo tipo de información sobre fiestas, templos y rituales de la religión pagana y, además, puede que su beligerancia resida más en lo que no dice. Más que como un mero divertimento, podríamos ver la *HA* como una obra que intenta salvar la censura cristiana bajo su inocua apariencia, escrita en un estilo desmañado y nada pretencioso y plagada de bromas zafias. Al fin y al cabo, el humor ha sido siempre vía de escape para la libertad de expresión bajo las tiranías, permisivas con los chistes aparentemente inofensivos y con las obras «poco serias». Pero continuo ya con el comentario de la edición.

La *Introducción* se cierra con los apartados habituales en este tipo de ediciones. En el titulado *La Transmisión*, además de la historia del texto y la mención de las principales ediciones, se destacan algunos de los impactos de la obra en la cultura occidental. En el dedicado a las traducciones al castellano de la *HA* se comentan las tres publicadas hasta la fecha con la brevedad elocuente que caracteriza toda la *Introducción*. Mención especial merece el apartado sobre *La recepción de la HA en España*, en el que se detallan los nombres de renombrados literatos hispanos que conocieron y utilizaron la obra (fray Antonio de Guevara, Saavedra Fajardo, Rodrigo Caro, etc.). Aunque todavía hay trabajo por hacer, me parece una novedad importante que invita a posteriores investigaciones en este campo. Velaza cierra este capítulo con una contundente cita del jesuita Juan Andrés a propósito de la escasa calidad literaria de la *HA*: «Hechos sueltos, sin diseño, sin orden y sin interés, frías narraciones con inculto y bárbaro estilo son las obras de los Sparcianos...».

El apartado, *Nuestra edición*, expresa los principios con que se ha elaborado la traducción y la *Introducción* se cierra con un *Cuadro Cronológico* sobre los acontecimientos más relevantes de la época en que transcurre la narración y la *Bibliografía*, que no puede ser exhaustiva, dadas las numerosas investigaciones que ha suscitado esta controvertida obra, pero que, hasta donde puedo opinar, me parece muy completa y útil para quien quiera ampliar conocimientos sobre cualquiera de los temas que hemos comentado.

Explica Velaza en *Nuestra edición* que su traducción sigue basándose en la edición teubneriana de Hohl y sus continuadores (1927, reimpr. 1971 y 1990), aunque lógicamente ha tenido en cuenta las nuevas aportaciones de la edición de *Belles Lettres*, que empezó a publicarse en 1996 y está todavía inconclusa. Estas aportaciones junto al trabajo personal del editor en la colación de manuscritos constituyen novedades que hacen más valiosa la edición. En cuanto se refiere a los principios traductológicos, se inclina por una estricta fidelidad al texto, que resulta, en mi opinión, muy útil para los estudiosos de la obra que no dominen el latín. Velaza es, sin embargo, consciente de que esa fidelidad dificulta el ritmo de lectura de quien se enfrenta por primera vez al texto, pero su intención es que el lector conozca la realidad de la obra: «si el lector de esta traducción alterna sentimientos de disgusto, de decepción e incluso de irritación ante el estilo de su texto, habremos cumplido nuestro primer objetivo, el de hacerle experimentar la sensación más cercana posible a la que produce el original de la obra». A veces mi querido editor parece renegar de la obra por los quebraderos de cabeza que le ha provocado su desmañado estilo en estos años, así que, en sus últimas palabras, dirigidas al «lector benévolo», vuelve a motejar de fárrago, pantano y pastiche a su querida *Historia Augusta*.

Cuánto me he acordado leyendo los principios traductológicos de Javier Velaza de mis discusiones con Vicente Picón, cuando yo intentaba defender la tesis de Menéndez Pelayo: «a la expresión latina debe corresponder la mejor expresión en castellano, pero no su equivalente». Aportaba yo para la discusión

los famosos versos de Adriano, que suelen ser considerados como su epitafio, *Animula uagula blandula...*, y comparaba la traducción de Yourcenair/Cortázar, al inicio de *Las memorias de Adriano*, con la de mi maestro. Comparación significativa que ahora podemos establecer entre la fidelísima y «piconiana» de Javier Velaza («Animita, vaguita, tiernecita /huésped y compañera de mi cuerpo, /¿a qué lugares marcharás ahora /palidita, rígida, desnudita, /y no bromearás como solías?»), con la que leemos de Rodrigo Caro en la propia *Introducción* («Alma mía regalada /huésped blanda del cuerpo, /compañera de mis gustos, / gloria de mi pensamiento, / ¡a qué lugares yrás, / de horror y de sombras llenos? / ¡Triste de ti! No harás / como antes, borlas y juegos»). Entiendo que se defiende la fidelidad al texto y es cierto que Esparciano dice que eran versos de mala calidad («compuso también otros versos en griego y no mucho mejores»), pero yo defendería una traducción intermedia entre estas dos, no sé si más infiel, que evitara los diminutivos en castellano.

Es solo un ejemplo, un poco tramposo, y evidentemente, la discusión sobre los principios traductológicos es interminable. Lo cierto es que la traducción de Javier Velaza está a la altura de lo que uno espera, y supone un avance respecto a traducciones anteriores, no solo porque corrige errores, sino también porque recoge las novedades en el establecimiento del texto, marca estrictamente las lagunas e incluso los posibles pasajes corruptos, y, además, porque introduce numerosas notas con el criterio, como leemos, de la «concisión y la orientación». En general, son suficientes para resolver las muchas dudas que el texto suscita, ya se trate de un lector iniciado o novicio.

Universidad Autónoma de Madrid
Antonio Cascón Dorado
antonio.cascon@uam.es

